

JORGE VALENZUELA

CASA DE REY

Al fin mi amigo Isidro Rey había comprado una casa en la parte más oculta de Camacho, cerca del encuentro de dos escarpadas y hermosas laderas de eucaliptos que cerraban el paso a los trazos de la urbanización, al costado de una laguna artificial cuyo aspecto sorprendía por la hermosa y agreste vegetación que la rodeaba.

Hasta entonces, y como el más alto funcionario de la Sony en el Perú, Rey había vivido en el Golf, en un departamento de doscientos metros cuadrados cuya vista hacia el privilegiado club había permitido que durante mucho tiempo su imaginación se desbordase hacia esos amplios espacios abiertos que tarde o temprano terminarían alejándolo de ese lugar para lanzarlo a la búsqueda de una verdadera casa con jardín propio.

Rey era un peruano exitoso enamorado del Japón y de su desarrollo, alguien que se había acercado a la ancestral tradición del país de oriente con toda la devoción de que era capaz y que, sobre todo, había comprendido que para seguirla tenía que adaptarse al progreso.

Gracias a su trabajo, Rey podía considerarse uno de los ejecutivos mejor pagados del país, miembro de ese grupo de privilegiados que los especialistas en sociedad identificaban como de alto *standing*. A ello debía sumar las ventajas de su cargo.

Rey llevaba divorciado mucho tiempo, no tenía hijos y había descubierto que su relación con la soledad era más compleja y necesaria de lo que él creía. Pensaba que la soledad podía explicarlo ante los demás y en cierta medida justificar su comportamiento, pero también acercarlo a esa sensación que él identificaba, a veces, con la felicidad. Así, a sus sesenta años, Rey había devenido en un ermitaño marcado por la exquisitez, en un solitario desconfiado que había llegado a la conclusión de que no se podía creer en nadie sin ser ine-

vitiblemente traicionado. Quizá de allí, también, su confianza en lo predecible y mensurable, en el mundo de la tecnología para el que había vivido muchos años de su vida y en el que estaban controladas las equivocaciones.

Dentro de sus costumbres, era visible el refinado cultivo de crisantemos; la demorada contemplación de la naturaleza y la admiración por la pintura de Utamaro. Sentirse así, rodeado de belleza y en soledad, era uno de sus más grandes placeres pues en ese estado podía hacer fructificar su imaginación e ingenio en todo lo que no subvertía el orden que había creado a su alrededor.

Rey quería que su nueva casa en Camacho combinase el acercamiento religioso a la naturaleza -a través de cultivo de jardines de musgo, los bonsai y los paisajes miniaturistas bonkei- con los avances que la técnica había logrado en el ámbito de la vida doméstica. Para ello Rey estaba lleno de ideas.

La casa, a la que era sumamente difícil acceder si no se conocía bien la zona, era de una planta y tenía seis habitaciones armónicamente dispuestas, amplios salones y dos estanques artificiales :uno presidiendo la entrada en medio de un jardín de ciruelos y de plantas ornamentales y el otro en el jardín posterior, rodeado de pinos y bambúes. Esos árboles significaban para el Rey la belleza y la longevidad, valores esenciales en su vida y en la cultura japonesa.

Por su experiencia laboral, Rey sabía de lo que era capaz la tecnología en sus ilimitadas pretensiones de hacer de la vida un proceso sencillo, cómodo y económico. Su permanente contacto con los adelantos de la informática y su directa intervención en el campo de los multimedia, le permitían, además, avizorar el futuro y disfrutar de ciertos privilegios aún no introducidos en el mercado.

El día de la mudanza, Rey suscitó en su nuevo vecindario muchos comentarios relacionados con la opulencia y el nivel de la vida que los funcionarios de las transnacionales podían alcanzar en un país como el Perú. Ese día, la sofisticación de ciertos objetos, cuya utilidad casi nadie pudo determinar, sumo a la envidia, algo de misterio.

Como ya dije, Rey odiaba la intromisión en su vida privada y el innecesario contacto con los demás. En verdad, todos sus esfuerzos se orientaban a no depender de nadie. Para que ese deseo se convirtiera en una permanente realidad estaba dispuesto a valerse de todos los medios a su alcance.

Rey leía mucha literatura científica y una noche, poco antes de comprarse la casa en Camacho, se detuvo a leer un artículo de anticipación referido a la vida doméstica en el año 2010. Ese artículo, que marcaría definitivamente su futuro, tenía ilustraciones y explicaba el grado de independencia y privacidad a los que se podía llegar organizando el hogar a partir de un sistema informático con varios terminales conectados a computadores y a una gran base de datos. Esa noche, Rey descubrió que era posible llegar a ser totalmente independiente y realizar su sueño de absoluta soledad.

Luego de amoblar su casa con esa parquedad tan característica del mundo oriental, contrato al mejor ingeniero de sistemas de la Sony para que realizara algunos trabajos en su casa. Rey había decidido instalar una serie de mandos que organizaran el control de su hogar y de su propia vida; es decir, desde la seguridad de la casa hasta su chequeo médico. Desde luego tuvo que importar todo el equipo desde el Japón y algunas piezas de Estados Unidos, pero eso no fue problema para él.

Para ninguno de nosotros resultó sorprendente que Rey, poco tiempo después de mudarse a su nueva casa, decidiese adelantar su jubilación. Mas nos enteramos de la noticia cuando llegó un nuevo director general, un japonés joven, que nos fue presentando por el subdirector de la empresa.

Luego de las instalaciones, Rey adquirió un perro amaestrado y de buen carácter. El único compañero que se había prometido a sí mismo, tolerar.

En su baño, Rey tenía varios biosensores capaces de detectar los niveles de glucosa, colesterol y de hormonas. También podía hacerse un análisis de sangre y de orina para medir las cantidades de ácidos que tenía en el cuerpo. Ese biosensor realizaba tareas de ad-

vertencia ambientales e informaba sobre alguna clase de epidemia. Así, Rey podía saber que tenía que protegerse frente a una oleada de gripe o cuando el agua estaba contaminada. De esa forma no tenía que ir al médico y se aseguraba de que su salud marchaba bien.

Progresivamente fue informatizando su casa hasta que llegó un momento en que no tuvo que salir de ella para acceder a los servicios más indispensables. Tenía una pantalla gigante donde podía ver las películas de estreno gracias a un exclusivo canal de abonados, un teléfono conectado a un ordenador capaz de alertar a su clínica en caso de emergencia con la sola presión de un código y una red de información que le permitía acceder a las principales bibliotecas y hemerotecas del mundo. En realidad Rey había conseguido construir un universo autónomo, lleno de filtros y vallas imposibles de traspasar.

Su vida se desarrollaba entre el cuidado de sus crisantemos y la crianza de salmones en sus dos estanques. Cualquiera hubiera dicho que se trataba de una vida plácida y que Rey era un hombre enteramente feliz. Nosotros, desde su renuncia a la empresa, interrumpimos nuestra amistad y si alguna vez lo llamamos recuerdo que sólo recibimos, a través del contestador, un mensaje de disculpa. Su soledad nos resultaba misteriosa, eso hay que decirlo, pero de alguna forma terminamos aceptándola porque era cierto también que nadie debía inmiscuirse en la vida de los demás. Personalmente creía que todo estaba justificado si la felicidad estaba de por medio y que renunciar a ese derecho era lo último que un hombre podía hacer. Tal vez por eso, en el fondo, envidiaba a Rey.

A las pocas semanas de abandonar la empresa, nadie consiguió saber nada de él, excepto que se había mudado a Camacho. Sólo nos era posible imaginarlo entre lo que, sabíamos, más amaba : sus animales, ciruelos y crisantemos, recorriendo su casa en el silencio de las tardes, contemplando esa naturaleza que lo transportaba a ese archipiélago de islas que era su soñado Japón. En medio de esos ambientes que no permitían el ingreso de ningún sonido desde el exterior, imaginábamos a Rey entregado a los placeres de la soledad

observando la magnífica pintura de Utamaro por la que sentía una devoción singular.

Un día, contraviniendo sus deseos, mis convicciones y mis promesas, decidí hacerle una visita. Me tomé esa libertad porque me consideraba amigo suyo y recordaba los viejos tiempos en los que nos emborrachábamos con sake y alentábamos largas conversaciones sobre literatura y mujeres y de las que no excluíamos nuestros problemas personales.

Llegué a su casa después de haber cometido una indiscreción al revisar los archivos de la compañía. Sólo así pude conseguir su dirección. Allí estaban las dos laderas de eucaliptos cerrando el paso a la urbanización, también aquella laguna artificial. Fue impresionante observar el altísimo muro que cercaba la propiedad y las seis cámaras que filmaban el entorno. Yo no había imaginado que Rey pudiera haber comprado una casa de esas dimensiones pero era evidente que algo más que su cerrada soledad lo había inducido a ello. Frente a la puerta, me sentí vigilado. Llamé inútilmente durante unos minutos en los que solo escuché el eco de mis palabras rebotando en el intercomunicador. No comenté con nadie este intento de ver a Rey y dejé que pasara el tiempo.

Estaba decidido a olvidar nuestra amistad y a respetar escrupulosamente su silencio, pero no dejaba de sorprenderme su comportamiento. Sin una despedida de por medio, sin algún tipo de explicación, Rey había optado por cortar la comunicación con el mundo exterior. Insistí una vez más dos semanas después sin el menor éxito.

Después de toda esta historia he comprendido que a veces la soledad impone sus leyes de manera implacable. Recuerdo que al día siguiente después de la segunda visita no pude creer lo que escuchaba y veía frente a la televisión. Los empleados del supermercado que proveían a Rey dieron la voz de alarma luego de dos intentos de dejarle la comida en más de un mes. Las demoradas imágenes me

devolvían una vez más, y como en una pesadilla, a ese fortín inexpugnable al que me pareció imposible entrar. La policía había rodeado y acordonado la casa y un par de integrantes del escuadrón de rescate mostraba el procedimiento que había seguido para penetrar en ella. Después de desconectar el poderoso sistema de alarma y electrificación que rodeaba la casa, se había procedido a descodificar la clave que liberaba el seguro de las mamparas de vidrio. Sólo así consiguieron ingresar a los salones. Allí, en medio de un olor atroz, la cámara se regodeaba en la belleza de los escasos muebles, y de las acuarelas y óleos dispuestos con gusto sobre las paredes. La sala era formidable y severamente bella, un reducto íntimo que se desvirtuaba con la sola mirada, un espacio construido con afecto. En otro ambiente se podía observar el sofisticado terminal que lo controlaba todo.

Encontraron al perro aún con vida junto al cuerpo de Rey, cuidándolo, a pesar de su debilidad, con el mismo celo que emplean los guardianes para evitar que alguien trasponga una puerta que se quiere imbatible.

Según la información de la policía y de los peritos cuyo trabajo sobresalió por su exactitud, pulcritud e inteligencia, a Rey le faltó muy poco para llegar a comunicarse con su clínica a través de su ordenador conectado a la central de emergencias. De esa forma hubiese podido recibir algún tipo de ayuda después del ataque al corazón que le sobrevino y así evitado que su cuerpo esperase, entre tanta belleza y tecnología, y al final entre tanto hedor y soledad, cuarenta largos días para ser rescatado.

Lima, octubre de 1999